

terés personal consiste en tomar la mayor parte de la ganancia del producto y dejar la más pequeña al trabajador. Como el patrono lo que busca es producir mucho y barato, de aquí la violación del domingo y días festivos, el exigir al obrero más horas de trabajo, y el emplear á las mujeres y á los niños en las fábricas mediante un escaso jornal, y en trabajos que no son proporcionados ni á su sexo ni á su edad. El individualismo, no teniendo en cuenta la dignidad del hombre ni su último fin, considera al pobre obrero como una máquina, un instrumento, y al trabajo que ejecuta como una mercancía, cuyo precio lo fija la ley de hierro de la oferta y de la demanda. Destruye además el hogar doméstico y convierte la fábrica en un presidio para el obrero, operaria y niño: he aquí los beneficios que ha producido al pobre trabajador la libertad ilimitada proclamada por la revolución.

Las relaciones entre el capital y el trabajo, en el régimen industrial basado en el capitalismo, han sido expuestas gráficamente por el conocido fabricante de máquinas, James Nasmyth, en la deposición que hizo á la comisión inglesa nombrada para estudiar los Trades-Unions. Afirma que es de gran interés para la industria que gran número de obreros busquen trabajo, porque entonces el jornal es más barato. Añade que ha obtenido grandes beneficios empleando en la fábrica, en lugar de hombres, mujeres y aprendices. Preguntado qué sucedía á los obreros despachados y á sus familias, respondió: «Lo ignoro, dejo su suerte á la acción de las leyes naturales que rigen las sociedades». ¡Estas palabras cuántas lágrimas, desesperación y odio no han engendrado! La práctica inglesa ha confirmado la teoría inglesa; pero es lo cierto que la riqueza formada conforme á esta teoría es la expresión de la más brutal opresión contra el pobre. Hasta el padre del evolucionismo inglés, H. Spencer, la denomina *canibalismo*.

Los economistas de la escuela inglesa objetan que el orden debe nacer de la *gravitación natural* de las fuerzas sociales. «Dejad la acción individual con independencia absoluta en todo lo relativo á la producción y distribución de las riquezas, porque la armonía resultará del juego combinado de todas las fuerzas naturales». Este error común á todos los sectarios del naturalismo político, dimana de la confusión de los fenómenos y leyes del mundo físico con los fenómenos y leyes del mundo moral. El hombre no está sujeto, como el mundo físico, á leyes fijas, constantes, mecánicas; en una palabra, la obligación que nace de la ley impuesta al hombre por su destino sublime, es una *obligación moral* que el hombre debe cumplir, es verdad, pero que puede desobedecer desgraciadamente, y desobedece de hecho, como hacen todos los partidarios de los derechos del hombre; de manera, que sin la intervención de la fuerza social, de la autoridad cristiana, la gravitación natural de las fuerzas individuales no terminará sino en la lucha ó combate entre las mismas fuerzas y la destrucción mutua¹.

¹ *Traité d'Economie sociale*, por M. Ott, pág. 112, y R. P. Pascal, ob. cit., pág. 35 y siguientes.

Hemos dicho que la competencia contribuía á perfeccionar los procedimientos del trabajo; pero debemos añadir que las máquinas inventadas y utilizadas con libertad sin límites han producido el horrible pauperismo.

La explotación fabril por medio de las máquinas ocupa el lugar de la obra de mano, porque ésta ni es tan rápida ni siempre tan exacta como aquella, y además resulta, en casi todos los casos, más barata. La costurera arroja la aguja, rendida por el cansancio ó por el sueño; pero la máquina trabaja sin cesar, y siempre con igual perfección, ejecutando á la vez la tarea de muchos operarios. Antiguamente ejecutaba el obrero una operación desde el principio hasta el fin; por medio de las máquinas se ha hecho no sólo posible, sino conveniente, distribuir el trabajo de manera que cada operario se ocupe siempre en una misma cosa, lo que permite adquirir en su arte una habilidad suma y en poco tiempo. En la fabricación de las agujas por medio de máquina, v. gr., un operario hace los hilos de acero, otro los pulimenta, otro los corta, otro hace las puntas y el quinto las dispone para practicar el ojo ó para poner la cabeza en los alfileres, que es la sexta operación, quedando todavía la de colocarlos en los papeles. De esta suerte, diez personas pueden fabricar en un día 48.000 alfileres ó agujas.

La máquina lleva sobre la obra de mano la inmensa ventaja de poder proporcionar *ocupación á mujeres y á niños*, que trabajan á veces hasta con mejor resultado que el hombre... Pero no son éstas las únicas ventajas que el fabricante obtiene con la máquina sobre el que trabaja á mano. Ejecutando aquél una explotación en grande escala, puede comprar á más bajo precio la materia prima, siendo el sostenimiento de su máquina inmensamente menos costoso que el de los centenares de hombres que representa. No se necesita más para comprender que el operario que se vale únicamente de sus manos, pocas veces ó nunca podrá sostener competencia con el productor que se vale de las máquinas, y que vencido al fin en esta lucha se verá precisado á cerrar sus talleres y entrar en una fábrica, confundiendo entre la multitud de simples jornaleros. ¡Lo que este sacrificio significa, se siente mejor que se describe! La misma suerte que al obrero está reservada al labrador de escaso caudal ó mermada fortuna. No tan sólo echa de menos las máquinas, sino que falta de instrucción y de capital, encuentra cerrados todos los caminos que conducen á adquirir los conocimientos técnicos y científicos indispensables para introducir en la explotación de su industria las mejoras y los adelantos que enseña la *química aplicada á la agricultura*...

Por tanto, el principal inconveniente que presenta la constitución actual de la sociedad, estriba en que el aumento de la fecundidad del trabajo, gracias á los adelantos de la ciencia, redunde en beneficio exclusivo del capitalista y en daño manifiesto del obrero; injusticia patente para todo el que considere que el genio y sus inventos son patrimonio de la humanidad y no sólo de los capitalistas².

¹ Al terminar el primer siglo de la invención del vapor, había esparcidas por toda la tierra cerca de 200.000 máquinas de vapor de todas clases, que representaban una fuerza de más de 12 millones de caballos, equivalentes á la de 200 millones de hombres laboriosos. — *Engel*.

² Hiltze, ob. cit., pág. 60.

ARTÍCULO III

Tercer efecto del individualismo.—El monopolio y la especulación

El Romano Pontífice describe con estas gravísimas palabras el tercer efecto producido por el individualismo en el orden económico:

Júntase á esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos; de tal suerte, que unos cuantos opulentos hombres y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos.

Algunas previas nociones de los valores y del comercio serán necesarias para que patronos y obreros comprendan bien el terrible efecto producido por la libertad ilimitada del trabajo, y que tan gráficamente y con palabras tan graves describe el Supremo Jerarca de la Iglesia católica.

Ya Aristóteles¹ distingue dos modos de usar de los bienes, alhajas y demás objetos y utensilios: *uno propio de la cosa*, según su naturaleza peculiar, y otro que tiene *común* con todos los demás bienes, ilustrando su teoría con el ejemplo familiar de un zapato. «Un zapato, dice, tiene dos usos; el primero le es *propio*, á diferencia de otras prendas, y consiste en que se calza para abrigar el pie; el otro le es *común* con todos los demás bienes, objetos del comercio, y consiste en que se le puede trocar por otra cosa útil; por manera que á uno se le puede llamar *uso universal*, al otro *uso accesorio*. Los economistas modernos distinguen en las cosas dos valores, *el valor en uso y el valor en cambio*. El valor en uso consiste en la utilidad de una cosa para la satisfacción de necesidades humanas, y su fundamento está en las propiedades físicas y químicas de la misma. El valor en cambio se determina por la proporción, en la cual valores en uso de una clase pueden trocarse por valores en uso de otra. El valor en uso del pan, consiste en su utilidad para nuestro sustento; su valor en cambio, en su aptitud para ser trocado por otras mercancías, ó dígase para ser vendido. Es indudable que la utilidad entra en la aptitud para ser trocada la cosa por otras mercancías, pero no basta para determinar los grados del valor en cambio. En efecto; existen objetos de grandísima utilidad, como el agua, por ejemplo, y sin embargo, carecen de valor en cambio. ¿Por qué? Por su extraordinaria abundancia; luego la escasez ó abundancia de las cosas es uno de los elementos de su valor en cambio. Pero adviértase que para que una mercancía se venda barata, es necesario que sea mayor la oferta que la demanda,

¹ Polític. I, 9, 1, 257, a. 6. seg; S. Thom., in I. Polit. I, 7; Silvest. Maurus, in I. Polít. c. 6, n. 2.

por más que sea abundante; y para vender caro no basta que sea rara y escasa, sino que es necesario que la demanda sea mayor que la oferta. La abundancia ó la escasez producirán, ordinariamente, la primera mayor oferta y la segunda mayor demanda.

Además, los gastos de producción y la cantidad y calidad del trabajo, influyen también en el valor en cambio.

Debemos advertir, conforme con la Teología católica, que el valor de las substancias que el hombre necesita para vivir, como el pan, la carne, etcétera, depende del trabajo empleado para producirlas, y su precio está determinado por los gastos de producción. Todos los teólogos hablan del precio justo, *justum pretium*, esto es, del precio proporcionado al valor de la cosa. En efecto, la base equitativa del trueque ó cambio entre las cosas, debe ser la igualdad de valor entre los objetos cambiados. Si yo vendo por 100 pesetas un objeto que vale 200, pierdo, y el otro se enriquece con mi pérdida. Platón condena á aquellos que venden el trigo más caro de lo que vale, ocultando la llegada de un navío que disminuirá el precio; y San Agustín increpa á aquellos que siempre quieren comprar barato y vender caro: *vili velle emere et caro vendere*¹. Los economistas modernos no admiten la noción del justo precio; para ellos el precio aceptado por las dos partes es siempre justo.

El justo precio ofrece alguna latitud, y puede oscilar entre el *infimum* y el *summum pretium*. Si se traspasa el precio superior, entonces se perjudica al consumidor, y si no llega al infimo, el productor en este caso pierde. En ciertos casos, la ley tiene el derecho de intervenir, particularmente, siempre que se trate de los alimentos del hombre. Hasta ayer aun se usaban en España las tasas para el pan, la carne, etc.

Vender y comprar los productos de la industria y de la agricultura, es indispensable para la existencia de toda sociedad; pero vender y comprar, no para la utilidad inmediata del hombre, sino en vista del beneficio que pueda dar la operación misma, constituye lo que se llama el *comercio*. Santo Tomás y los doctores de la Iglesia católica han considerado de gran utilidad el comercio para la sociedad, pero con tal que la ganancia sea honesta y moderada. El beneficio del comerciante consiste en la remuneración que hay que *añadir al precio* de producción, ya por los riesgos y peligros que ha sufrido, ya por los gastos y esfuerzos que ha hecho para colocar las mercancías en el mercado y ofrecerlas á los consumidores.

Pero en el régimen actual de la libre competencia, el comercio, por lo general, es horriblemente anárquico. Lo es principalmente: 1.º, por la especulación, y 2.º, por el monopolio y acaparamiento. *Especulación*. Mientras que el verdadero comercio tiene por objeto transportar las mercancías del lugar de la producción á los lugares ó mercados en donde pueden ser empleados y consumidos, la especulación, como hemos dicho ya, solamente atiende al valor de las mercancías: ella no transporta ni un fardo de

¹ De Trinit., XIII, 3.

lona, ni un saco de trigo: ella compra sin tener intención de aprontar el precio, y vende lo que no tiene. Este nuevo género de comercio no tiene utilidad alguna, puesto que ejecutando operaciones ficticias mata el verdadero comercio, por la perturbación que produce en el precio de las mercancías, que incesantemente varía á voluntad de los vendedores y compradores, extraños en su mayoría á la profesión comercial, simples capitalistas ocupados en tratar solamente de diferencias. Ahora bien; todas las substancias de primera necesidad para el hombre están sujetas á las continuas fluctuaciones del inmoral juego de la especulación. *Monopolio y acaparamiento.* Efecto de la omnimoda libertad de los capitales y de su acumulación asombrosa en sociedades de unos cuantos hombres opulentos, las mercancías esparcidas por los mercados del mundo entero pueden ser monopolizadas y lo son de hecho. En este caso los precios naturales de las cosas se falsean, y fluctúan en los mercados á merced de esos hombres; sucédense periódicamente las crisis comerciales, las quiebras y bancarrotas; la ruina del trabajo modesto y útil es inminente é inevitable, y de cuando en cuando sobrevienen catástrofes que amenazan tragarse la fortuna y la prosperidad de una nación.

Con razón escribe L. Milcent¹:

Todos estos robos sacrílegos de judíos y judaizantes cesarían, si los principios cristianos sobre la usura volvieran á informar las leyes públicas de las naciones, cuyos principios condenan como contrario á la justicia tomar el producto del trabajo de otro; y en este caso, la actividad humana aumentaría, la producción industrial y agrícola se multiplicaría, y los cambios comerciales esparcirían por el mundo entero la abundancia y la riqueza.

Las mismas instituciones sociales, favorecidas por una nueva legislación, se transformarían y se armonizarían con los principios económicos cristianos.

Los monopolios no serían ya posibles, y los acaparamientos de las primeras materias prohibidos absolutamente.

Entonces el verdadero comercio ejercería su función propia en productos reales y no sobre valores ficticios.

Como el Jерarca Supremo de la Iglesia describe con tan graves palabras el mal que estamos estudiando, diciendo que «unos cuantos opulentos hombres y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios (veintitrés millones se cuentan solamente en Europa) un yugo que difiere poco del de los esclavos», juzgamos oportuno, aun á trueque de prolongar este artículo, transcribir las siguientes palabras de la célebre obra de Hütze²:

Para demostrar que la producción se va centralizando cada día más en manos privilegiadas, bastará que fijemos nuestra atención en el aumento fabuloso de las sociedades de accionistas, y ellas nos suministrarán, además, la prueba de los inconvenientes que tal sistema encierra; porque esas sociedades acaban siempre por absorber las empresas particulares que no pueden entrar en competencia con ellas. Es precisamente el mismo fenómeno que se nos presenta realizado en la industria. La industria, gracias al enorme desenvolvimiento que

¹ *Mémoire sur le commerce*, pág. 14.

² Hütze, ob. cit., págs. 46 y 66.

ha adquirido en los tiempos modernos, ha absorbido todo el capital disponible; pero una vez agotados los recursos que aquella ofrece, dirigirán los capitalistas sus miradas á la agricultura, para ensayar en ella la explotación en grande escala, y darle ese pujante desarrollo que alcanzó en la antigua Roma, y que todavía observamos hoy en Inglaterra. Las palabras de Plinio: *Latifundia perdidere Romam*, son una profecía que se está cumpliendo ahora en Alemania. ¿Y qué será de esta hermosa patria alemana si viene á ser propiedad de unos cuantos millonarios, de unos cuantos judíos? ¿Quién puede sufrir tan escandaloso monopolio?...

Antes de pasar adelante, queremos aún añadir algunos datos á los que nos señala Hütze.

¡La mitad de toda Inglaterra pertenece á ciento cincuenta personas solamente, y la mitad de Escocia á doce propietarios!!

En la América del Norte aparece en nuestros días un nuevo tipo, el millonario, esto es, el *rey absoluto y despótico* de nuestra civilización mercantil é industrial.

Y con respecto á Francia, ¿qué nos dice su estadística? Que de cuarenta y nueve millones de hectáreas que pagan contribución, treinta y dos millones son propiedad exclusiva de quinientos mil individuos, al paso que seis millones de habitantes se disputan los fragmentos ó parcelas de once millones de hectáreas, y tres millones quinientos mil propietarios agrícolas no pueden vivir de los productos de su propiedad por no llegar ésta á cinco hectáreas. Los de esta última clase se ven obligados, tanto en Francia como en España, por lo oneroso de los impuestos, á malvender sus pequeñas propiedades, si no se apodera de ellas el fisco, pasando al triste estado del asalariado ó jornalero.

Desde el punto de vista de la producción y de los beneficios que de ésta se obtienen, ¿qué nos dice la estadística? Que los veinticinco millones de trabajadores, con sus familias, que enumera la estadística en Francia, solamente tienen para vivir seis mil millones de francos, con una producción agrícola y mercantil de veinte mil millones de francos. En una palabra, así como la solidaridad, el verdadero comunismo, mediante la organización social y caridad cristiana, salva á las sociedades, así el individualismo, con sus salvajes efectos, las destruye y las conduce al abismo de la bancarota y de la ruina. Continúa Hütze:

«Cuántas veces vemos lanzarse á explotar un negocio á multitud de industriales ó especuladores, que, fomentando la producción hasta un exceso enorme, crean un desnivel considerable entre la misma producción y el consumo, ocasionando un descenso tal en los precios, que no llegan á cubrir los gastos de elaboración! Los resultados son inevitables, y se manifiestan ya por la paralización en los negocios y por quiebras espantosas, ya por el hecho de despedir á los obreros y por la pérdida del crédito, ó por otros síntomas á este tenor. Las desgracias que pesan sobre un ramo de la industria influyen sobre los otros, y llegan á producir, como por contagio, estas espantosas crisis universales que trastornan todos los negocios y paralizan las transacciones... Siendo tan triste la situación del obrero en circunstancias normales, puede venir en conocimiento de los sinsabores que amargarán su vida en los días de penuria, en esas épocas de paralización universal, durante las que no percibe siquiera su misero salario...

¿Por qué no hemos de decirlo? La suerte de un esclavo era menos triste que la de estos «esclavos blancos». Aquél tenía asegurado el sustento; su amo atendía hasta con esmero á su conservación, siquiera porque su muerte hacía necesaria la adquisición de un sucesor, cuyo coste, en la América meridional, por ejemplo, no bajaba de dos mil pesos. El empresario ó capitalista, al contrario, explotará sin entrañas á su esclavo, á su obrero libre, el cual, cuando su fuerza llegue á gastarse, tendrá que ceder el puesto á otro operario más vigoroso, tal vez á su propio hijo, criado á costa de privaciones y sacrificios. ¿Se podrá negar que el capitalista que así obra, imita la conducta del señor romano que abandonaba á sus esclavos inutilizados en la isla de Esculapio ó los entregaba para pasto de sus peces? ¿Habrá quien en vista de esto se admire de que los odios mal comprimidos estallen, y las pasiones desencadenadas fomenten las orgías de que tan espantoso modelo nos dió la *Commune* de París? «Nada tengo que perder», exclama el obrero que de tal suerte ha perdido el camino; «y en cambio ganará, si no otra cosa, el haber satisfecho mi sed de venganza y el haber gozado, siquiera por breve tiempo, las dulzuras de la vida»...

Corroboremos lo expuesto por Hitze con las palabras del ilustrísimo Sr. Sancha¹.

No son necesarios grandes esfuerzos y razonamientos para demostrar que el progreso anormal y naturalista en los medios de producción es la causa principal de la concentración de riquezas en el menor número de los individuos, y de la miseria espantosa en los demás de que se compone la gran familia humana; porque sobre asegurarlo así el Romano Pontífice, cuya autoridad es irrecusable para todo creyente y para todo entendimiento exento de prejuicios y de sectaria obstinación, lo confirman también los tratadistas más eminentes de Economía política, y lo comprueban los hechos, cuya lógica habla elocuentemente y goza del privilegio de pronunciar juicios incontrastables.

«A pesar de todos los beneficios del orden social, dice Sismondi, y á pesar de las ventajas que el hombre ha reportado de las artes, se ve uno tentado á veces á maldecir la división del trabajo y la invención de las manufacturas cuando se considera á qué estado han venido las criaturas racionales por causa de ellas. Los animales suplen á los hombres, nuestros semejantes, y son reemplazados por las máquinas en todos los productos manufactureros». Y en verdad que, al lado de los poderosos engranajes, y de los asombrosos y múltiples factores de la riqueza en nuestros días, la mayoría de operarios ocupa un lugar muy secundario en el mundo productor, y queda postergada y condenada á la inercia y eterna vacación. Según estadística cuidadosamente formada por la Sociedad de Ingenieros civiles de Francia en marzo del año último pasado, la fuerza total desarrollada por todas las máquinas del mundo civilizado representa la de cuarenta y seis millones de caballos, cuya fuerza equivale al trabajo de mil millones de obreros, que es casi la población total de la tierra.

No es de extrañar, ante esa exaltación y predominio de la materia sobre la dignidad y prerrogativas del hombre, que falte á este trabajo para ganar honradamente el sustento para sí mismo y para sus hijos, y que, oprimido por una concurrencia cruel y sin entrañas, busque en la asociación la defensa que falta al individuo en el aislamiento para luchar por la vida y para protestar contra el capital, que le reduce á la miseria, le niega el recurso del trabajo en los meses del riguroso invierno, ó si le favorece con la ocupación, le hace pagar ésta rebajándole el jornal ganado con el empleo de sus fuerzas físicas y de su aptitud profesional.

En la conferencia de Berlín celebrada el año último, y á la que concurrieron las eminencias de la Economía política y los representantes de las naciones de Europa para tratar sobre la cuestión social, levantó la voz el mecánico francés Victor Delahaye, y en un notabilísimo discurso, cuya publicación quiso impe-

¹ *La cuestión social*. Discursos y opiniones del Excmo. é Illmo. Sr. D. Ciriaco María Sancha-Hervás, obispo de Madrid-Alcalá, 1891, págs. 39 á 42.

dirse porque revelaba la detestable organización del trabajo en la vida moderna, demostró con evidencia que el progreso de la maquinaria, tal como viene funcionando, conduce al empobrecimiento de las clases obreras y á la acumulación de la fortuna en los príncipes del dinero. «En la Edad Media, decía el susedicho mecánico, había un operario por cada diez patronos, mientras que hoy sucede todo lo contrario, puesto que por cada patrono hay diez braceros. En aquel período los modestos propietarios, viviendo del producto de su trabajo, sobre ser los primeros interesados en no prolongar de una manera excesiva el tiempo destinado á trabajar, mantenían el precio de la mano de obra y las tarifas comparadas en relación correspondiente á la carestía de la subsistencia, á fin de atender así á las necesidades de la familia, y estar prevenidos ante un porvenir incierto y ante los accidentes á que está sujeta la riqueza.

»Aquel bienestar ha ido poco á poco desapareciendo, y en la imposibilidad de restablecer hoy las pequeñas industrias entonces existentes, es necesaria una legislación internacional del trabajo, que tenga por base los nuevos medios de producción de la gran industria moderna, porque en la actualidad, las nuevas fuerzas productivas y los grandes medios de transporte y de comunicaciones han dado por resultado mayores productos de los que se necesitan y muy superiores al consumo. Hoy, por ejemplo, existen cien millones de aparatos en Europa y América para hilar el algodón, y bastan 180.000 operarios para poner en movimiento esa maquinaria inmensa, para cuyos productos hubiera sido necesario emplear hace un siglo el trabajo de cien millones de hombres; por donde se ve que cada operario puesto al servicio de un mecanismo produce hoy quinientas treinta veces más que antes. El arado á vapor, aplicado en gran escala á los campos, representa, por la fuerza de cada caballo, el trabajo de 100 jumentales. Entre las fuerzas productivas de Europa existen actualmente sobre la tierra cincuenta millones de caballos de vapor, que dan una fuerza mecánica equivalente á más de mil millones de trabajadores, de donde resulta, ante ese aumento asombroso de factores útiles, que, en vez de crear los recursos de los operarios, al contrario, se han restringido, y han quedado éstos en peor condición por la prolongación del tiempo del trabajo, con la desventaja de que las horas de éste no pueden limitarse por gobierno alguno, á causa de la libre concurrencia extranjera».

Prosiguiendo el mecánico francés la demostración, corrobora sus asertos con datos estadísticos de la manera siguiente:

«En los Estados Unidos de América, el número de talleres de manufacturas era el año 1850 de 123.025, y el año 1880 era ya duplicado, puesto que ascendía á 253.852. El valor anual de productos industriales, que el año 1850 era sólo de 6.114.657.696 francos, se cuadruplicó en 1880, puesto que en este año se elevó á 22.722.200.000; por donde se ve claramente que en treinta años el capital total empleado era ya seis veces mayor, dado que el año 1850 sólo consistía en 3.506.827.802 francos, y el año 1880, subió á 32.172.900.000; y dividiendo, por fin, la totalidad de los obreros por la cifra que expresa el aumento de los salarios, se verá por el cociente que con el desenvolvimiento de la maquinaria disminuye el número de los braceros en la misma proporción que aumenta el de los talleres, puesto que, por término medio, había siete obreros el año 1850 por cada establecimiento industrial, nueve el año 1860 y once el año 1880, resultado contrario al que se observa en la cifra total del capital empleado en la maquinaria; por donde se viene á concluir también que el aumento de los salarios está en razón inversa de los aparatos de producción, y que el ahorro de los obreros disminuye de un modo espantoso en proporción de la acumulación de la riqueza social, lo que se comprueba en Inglaterra por los datos oficiales de estadística, según los cuales las Asociaciones cooperativas, las Cajas de Ahorro y los *Trades-Unions* sólo alcanzan una economía representada por 3.000, mientras que las Cajas de Ahorro del Estado tienen una existencia representada por 300.000; resultado enorme que indica claramente que el ahorro de las clases trabajadoras va poco á poco pasando á las clases acomodadas; en tal manera, que mientras la fortuna de éstas ha venido aumentando en gran-

des proporciones, por el contrario, aparece de la estadística que sólo en el período del año 1845 al 1850 el ahorro personal de cada obrero bajó el 41 al 50 por 100.

Es, por tanto, innegable, y resulta con evidencia de las precedentes observaciones, que la condición de las clases trabajadoras va siendo cada día peor; que el progreso material de los poderosos medios de producción de la sociedad contemporánea engrandece y fomenta la omnipotencia del capitalista industrial á costa de la miseria y opresión del obrero, y que la disminución de un 50 por 100 que éste sufre en sus utilidades hace imposible su subsistencia, presagiando situación tan violenta una catástrofe horrible que sólo podrá evitarse con una legislación internacional del trabajo, inspirada, no en criterios materialistas y de repugnante egoísmo, sino basada en la moral y en los principios cristianos.

Con razón el Papa León XIII señala necesaria la intervención de los Estados en la medida que lo exija el bien común de la sociedad, porque de otro modo no se hallaría remedio fácil para evitar los perjuicios que sufre el débil ante la codicia del poderoso; y sabido es que, dejado al obrero solo y desamparado de la protección legal, no bastarían sus esfuerzos, ni serían eficaces sus quejas y reclamaciones para mejorar su situación angustiosa, y salvar del naufragio sus legítimos derechos y su dignidad personal. El vuelo gigantesco que en alas del progreso de las ciencias naturales han tomado las diferentes fuentes de producción, á manera de un río caudaloso se extiende por todas partes; pero si ha de llevar sus provechos á todas las clases sociales, necesita ser regulado y encauzado, y de otro modo, cual torrente desbordado, en vez de la dicha y prosperidad, será causa de irreparables perjuicios y de pública perturbación.

Pero el estado actual de la sociedad es un justo castigo del cielo; porque el mismo Dios nos asegura ¹ que no hay crimen sin pena, y que en el mismo crimen suele hallarse el castigo. En efecto; cada vez que la sed de oro y de los bienes terrestres se ha apoderado del individuo y de la sociedad, la pobreza ha aumentado y se ha transformado en miseria. La prueba es fácil. Dios, como hemos visto más arriba, ha dado la tierra á los hijos de los hombres ² para que crezcan, se multipliquen y la pueblen, para que la dominen y la sometan ³, y la manejen á su voluntad hasta dar apariencia de inteligencias á sus más ciegas fuerzas. No puede quejarse el hombre; todo le pertenece, pero no debe olvidar que él pertenece á Jesucristo ⁴. Mas habiendo el hombre recibido la honra de ser llamado á un destino superior y divino, el Señor quiere que sus dones no sean obstáculo para nuestra sublime vocación, sino uno de los medios de que debemos valernos para asegurar nuestro fin; en una palabra, que la tierra y cuanto ella contiene sea una ayuda para conocerle mejor y amarle con más vehemencia. Luego si las riquezas nos vienen en abundancia, no les demos por entero nuestro corazón ⁵. *El tiempo es corto, nos dice el Apóstol, lo que resta es, que los que se alegran, sean como si no se alegrasen; y los que compran, como si no posesen; y los que usan de este mundo, como si no usasen de él* ⁶. En una palabra, que nadie se deje engañar por la falsedad de las riquezas terrenales,

¹ Véase la obra *La pobreza*, por el R. P. Exuperio de Prats-de-Molló, capuchino, página 121 y siguientes.

² Terram dedit filii hominum. Ps. CXIII, 16.

³ Gen. I. 22, IX, 1 etc.

⁴ Omnia vestra sunt, vos autem Christi, I. Cor. III, 22.

⁵ Divitiae si affluant, nolite cor apponere. Ps. LXI, 11.

⁶ I. Cor. VII, 29 etc.

hasta hacer de ellas, de los cuidados que exigen y de los pequeños goces que proporcionan, el objeto de su vida.

Tal es la ley evangélica; y en lenguaje cristiano, se llama renunciación pobreza evangélica. Estas palabras, sin embargo, proporcionan á la Economía política liberal, motivo para declamar contra la Iglesia. Pero este clamoreo no prueba nada en contra de la necesidad y de la justicia de la ley; no prueba tampoco que los economistas hayan comprendido jamás aquello de que blasfeman.

Pero, si bien se considera, esta ley de renunciación no nos impone sino una muy justa sumisión al orden exigido por la naturaleza misma de las cosas. En efecto; ¿qué es lo que exige? Que amemos á Dios más que á las riquezas y los placeres; que no entreguemos nuestro amor, del cual se digna Dios ser objeto, á este mundo ergañador, cuya figura pasa tan ligera¹; que no prefiéramos el tiempo á la eternidad, nuestros intereses de un día á nuestros intereses eternos, nuestro cuerpo y sus instintos á las divinas aspiraciones de nuestra alma. Tal es la ley de la renunciación, ley de sumisión para con Dios y de respeto para con nosotros mismos. La renunciación es una especie de íntima y deliciosa mezcla de pureza y de humildad; por el contrario, la sed de *bienes terrestres*, con cualquier aspecto que la presenten y con cualquier nombre que la encubran ó desfiguren, ya se llame avaricia y ambición, prodigalidad ó amor del lujo, ó es otra cosa que una mezcla de soberbia y de impureza, de rebelión contra Dios, cuyo soberano dominio no quieren reconocer, y de sensualidad, que envilece nuestra alma hasta el punto de considerarla como la parte menos noble de nuestro ser.

Sin embargo, la escuela economista liberal considera el amor de las riquezas y la avaricia como un medio para elevar las sociedades modernas, y trata por todos los medios posibles de exaltar y de irritar esta pasión. ¿Cómo no ven que semejante tendencia, mezcla de soberbia y de impureza, llama hacia sí un castigo compuesto de la doble pena que pesa sobre la soberbia y la sensualidad? ¿Cómo no ven que la miseria, fuente de padecimientos físicos y de humillaciones de toda clase, es el castigo de la avaricia, y que excitar la sed de bienes terrestres es atraer la miseria en grado tal, que se convierta en causa de muerte y de esclavitud? ¿Será necesario apelar á la historia para que sus enseñanzas abran los ojos á los actuales economistas? Pero por ventura ¿en los anales del mundo cristiano se ha presentado una época como ésta en que vivimos, en la cual la sed de oro haya sido tan insaciable ó infernal, en la que tantos y tantos millones, y riquezas tan fabulosas, se hayan acumulado en tan pocas manos, y en la que al mismo tiempo haya brotado del seno ulceroso de la civilización moderna esa llaga social asquerosa, esos millones de hermanos nuestros, miserables y reducidos al más espantoso pauperismo? ¿Esa sed de oro proclamada por la libertad ilimitada del trabajo, no ha producido la *cuestión social*, ese conflic-

¹ Praeterit enim figura hujus mundi, I. Cor. VII.

to pavoroso que hoy todos deploramos, y al cual es necesario poner remedio pronto y eficaz, como exige el Romano Pontífice León XIII: ¿A qué aducir pruebas históricas para probar que á la avaricia sigue infaliblemente la miseria y el pauperismo, si ante los gritos de hambre del pauperismo actual, si ante los gritos de los socialistas y amenazas de los anarquistas, los defensores de la Economía política moderna no saben responder otra cosa con M. Paul Leroy-Beaulich, que aconsejar la calma á los hambrientos, asegurándoles que, con las leyes de la libre competencia, las riquezas hoy acumuladas en pocas manos se irán repartiendo entre los pobres? ¡Tal es la escuela economista liberal!

CAPÍTULO IV

Tercera causa de la cuestión social.—Usura.

Escribe el Romano Pontífice León XIII:

A aumentar el mal vino la voraz usura, la cual, aunque más de una vez condenada por sentencia de la Iglesia, sigue siempre, bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos.

Para comprender la verdad que encierran las sentidas palabras del Romano Pontífice León XIII, al exponer la última causa de la *cuestión social*, bastará recordar lo que ya hemos indicado en los capítulos anteriores; que habiendo desaparecido de las instituciones y leyes de la mayor parte de las naciones de Europa la Religión católica, de muchas y preclaras inteligencias la antorcha luminosa de la fe, y de muchos corazones el germen de toda virtud; y extendiéndose y propagándose en su lugar por todas partes, con una rapidez que espanta, el naturalismo, esto es, el materialismo, y con él la sed de oro, la avaricia más espontosa, el orgullo y los placeres sensuales, se comprenderá fácilmente que hoy, más aun que en los siglos pasados, la raza judaica de los usureros se haya multiplicado por todas partes, y que apenas exista un pueblo en donde no reine, bajo una ú otra forma, la más cruel y voraz usura. Como este enorme crimen no solamente empobrece y arruina á los ricos, sino que directamente acaba con los bienes de los propietarios agrícolas é industriales de escaso caudal, de aquí que sea una causa, y no pequeña, del peligro de las sociedades, de la gravísima *cuestión social*. Además, como este punto de la usura se ha venido embrollando más cada día, tanto por los economistas liberales como por algunos escritores católicos, procuraremos en esta materia seguir á los más célebres y seguros teólogos antiguos y modernos, y exponer la doctrina con la